Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VI – Muerte en el hamam

27 – Baïbars se hace rogar

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

27 – Baïbars se hace de rogar

De cómo Baïbars, se encierra en la Ciudadela de Damasco durante el mes Ramadán; no permitiendo que nadie entre allí, y rechazando ser nombrado sultán, a pesar de que todos los días subían los nobles y emires egipcios a pedírselo ante sus murallas…

De modo que, Otmân y los hombres de Baïbars se instalaron en la Ciudadela, a esperar el desarrollo de los acontecimientos. Mientras tanto, Shâhîn, al pasar revista a las tropas por la mañana temprano, se dio cuenta de que Otmân había levantado el campamento durante la noche.

- Sin duda echaba de menos a Baïbars y ha querido adelantarse –se dijo para sí–. No tiene importancia.

Con que dio la señal de partida, y las tropas recorrieron la última etapa que les separaba de Damasco. Taqtemûr salió a su encuentro y, mientras los soldados acampaban en Maryeh, el visir y los jefes del ejército entraron en la ciudad, y enseguida se interesaron por Baïbars.

- Desde que volvió a Damasco, se ha encerrado en la Ciudadela y no ha vuelto a salir –comentó Taqtemûr–. Ayer llegaron, Otmân y sus hombres y se han quedado allí con él.

- Todo será para bien, si Dios quiere –concluyó el visir.

Ahora bien, el día de su entrada en Damasco coincidía con el primer día del mes de Ramadán. Taqtemûr requisó alojamientos para los grandes del reino y los jefes del ejército, mientras que los capitanes ismailíes se hospedaron en el albergue. Los soldados y los fidauis de a pie, acamparon en Maryeh, tal y como hemos dicho antes.

A la mañana siguiente, el primer día de ayuno, los jefes del ejército se reunieron en casa del visir Shâhîn y comenzaron a recriminar la actuación de Baïbars:

- Efendem, ¿cómo puede ser que Baïbars no haya salido de la Ciudadela ni para recibirnos? ¡Ni siquiera se ha dignado mandarnos un mensaje de bienvenida!

- ¿Y eso, qué más da? –replicó Shâhîn–. ¡Él es nuestro jefe, y nosotros somos sus subordinados! Si no baja hasta nosotros, seremos nosotros los que subamos hasta él, y si no se preocupa por nosotros, hemos de ser nosotros quienes nos preocupemos por él, sobre todo en este primer día de Ramadán. ¡Vamos! Venid conmigo a presentarle nuestros respetos, como conviene a fieles y leales servidores, y le felicitaremos por el comienzo del ayuno. Pues es digno de todo eso, y de mucho más aún.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Estas palabras merecieron la aprobación de la mayoría de los emires; incluso Qalaún tuvo que pasar por el aro, ¡y eso a pesar de que estuvo a punto de montar un escándalo!

- ¡Sí, *vallah ballah*, muy digno él! –masculló Qalaún.

Así que se levantaron y se fueron andando hasta la puerta de la Ciudadela. Al enterarse de su llegada, Baïbars le ordenó a Otmân:

- Sobre todo, no abras la puerta a nadie. Si te preguntan por mí, tú les vas a responder que: "Mi señor está en un retiro piadoso; os transmite sus saludos y os dice que elijáis a otro para sultán, porque a él no le interesa el poder. Y que reconocerá por adelantado a aquel que vosotros aceptéis, pues él espera retirarse y dejar todas sus funciones."

- ¡A mis brazos! –exclamó Otmân–. ¡Mu bien hablao!¡Otmân, el hijo la Gorda está mu contento de ti!

Entre tanto, los grandes del reino habían llegado delante de la puerta. Al oírles llamar, Otmân les soltó a los guardianes:

- ¡Aviso a la población, muchachos! ¡Al primero qu'abra la boca me l'ospicho! ¡Y ni s'os ocurra repitir al soldao lo que voy hacer; esto's algo entre'l soldao y yo!

Tras estas palabras, Otmân subió a lo más alto de las murallas y, encaramándose a una almena sobre el vacío, gritó:

- ¿Quién aporrea la puerta?

- Otmân, ¿está ahí tu señor Baïbars? –respondió el visir Shâhîn.

- ¡Sssí! ¿Y qué queréis del soldao?

- Queremos verle.

- ¡Hoy no hay manera! ¡Está e mala leche y le duele la cabocha, asín que no tenéis más que venir otro día!

- *Eshta vallah* ¿qué formas ser estas? –gruñó Qalaún–. ¡Hoy, ir; mañana, venir! ¡No ser nosotros su criada!

- ¡Cállate Qalaún, y no digas impertinencias! –cortó Shâhîn–. No se le puede echar la culpa a Baïbars: a fin de cuentas, es su primer día de ayuno, y debe echar de menos el tabaco, lo que le habrá puesto de mal humor: ese tipo de cosas son siempre las más pesadas al principio.

Así que se volvieron por donde habían venido. A la mañana siguiente, se presentaron de nuevo en la Ciudadela; esta vez, Otmân añadió que su señor estaba durmiendo y que no deseaba que se le molestase. En fin, que cada día, los grandes del reino subían hasta la Ciudadela, y cada día, Otmân les negaba la entrada con un pretexto cada vez más descabellado que el anterior.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Pero, esa actitud causaba el efecto que entraba perfectamente en las cuentas que se había echado el visir Shâhîn; que no era otro que el de aumentar el prestigio de Baïbars y doblegar el orgullo de los emires que le eran hostiles. Concluyendo, que esta situación siguió sin cambios hasta el vigésimo primer día de Remadán; entonces, los *fidauis* comenzaron a encontrar que la broma estaba durando demasiado. Sulaymân el Búfalo les reunió e hizo este discurso:

- Istá bien, muchachos, ¿hasta cuándo nos vamos a quiedar aquí comiéndonos las pulgas? ¡Pronto sirá la fiesta, el *jawand* Baïbars no quiere dijarse sultaniear, y mientras tanto nostros castillos istán abandonados! ¡Lo mijor sirá regresar a nostra casa; dispués, si el *dawlatli* sube al trono un día y nos nicesita, no tiene más que avisarnos!

Así que los ismailíes, ofendidos de que Baïbars no hubiera venido a saudarlos, ni a ocuparse de ellos de ninguna forma, rasgaron sus estandartes y se volvieron a sus castillos y ciudadelas.

Baïbars, por su parte, ignoraba todo esto: el primer día había preguntado a Otmân si habían venido los jefes del ejército.

- Sí –le había respondido Otmân–. Han aporreao la puerta, pero yo les he dicho ¡qu'el soldao no tié ganas que lo'ncamen, asín que no tinéis más que buscar a otro que se dej'encamar! Y tos s'han largao a la vez, solo he oído al Hâch Shâhûn que dicía:

- ¡No nos largaremos d'al lao el cachorro la madre Acuática antes qu'haya terminao la fiesta!

- Si Dios quiere, todo irá bien –replicó Baïbars–. De todos modos, yo no me pienso mover de aquí.

Y el narrador continuó su historia de este modo…

Cuando ya solo faltaban dos días para la fiesta [del final del Ramadán], los emires habían llegado al colmo de su paciencia; eso sin contar que la gente de la ciudad ya comenzaba a murmurar contra la presencia de las tropas, pues, al aumentar el número de bocas que alimentar, se encarecía el precio de los alimentos. Como ya no aguantaban más, los doctores de la Ley, los hermanos mayores de las cofradías y los descendientes del Profeta mandaron una delegación al visir Shâhîn para exponerle enérgicamente sus protestas:

- ¿Pero qué estáis haciendo? ¿Queréis arruinar a la ciudad, o qué? ¿Hasta cuándo vais a esperar para darle gusto a Baïbars? Si de verdad deseara ser sultán, no se habría encerrado en la Ciudadela. ¡No tenéis más que proclamar a quien queráis y volveros a Egipto! ¡Dadnos un respiro!

- ¡Tienen toda la razón! –afirmaron los emires hostiles a Baïbars–. ¡No hay más que hacer eso y ya está!

- ¡Pero si yo no veo ningún inconveniente en ello! –respondió el visir con mucha suavidad–. Muy bien, elijamos a un rey. Precisamente ahora se encuentran aquí todos los señores kurdos: designada al que queráis, y le proclamaremos sultán. Estoy convencido de que mi hijo Baïbars no tendrá nada que decir…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Dios nos proteja! –exclamaron los kurdos– ¡Ninguno de nosotros está tan amargado de esta vida como para aceptar una carga así, y que lo asesinen al cabo de unos pocos días de reinado!

- Está bien, ¿elegimos a uno de entre los turcos? –propuso Shâhîn.

- ¡No le pluga a Dios! –protestó Edamor, en nombre de sus compañeros.

- Entonces, ¿qué proponéis vosotros?

- Yo creo –repuso Edamor–, que no hay más que una solución: Lo mejor sería que tú, visir, fueras solo y sin escolta adonde Baïbars. A ti te profesa un gran afecto, y si te ve llegar de esta manera, no dejará de abrirte la puerta y entrar a verle. Tú sabrás encontrar las mejores palabras para convencerle: no sabría afrentar con un rechazo a un amigo como tú.

- Escucho y obedezco –asintió Shâhîn con fingida humildad.

Y al momento se fue camino de la Ciudadela, sin llevar ni tan siquiera a un mameluco. Entonces ya era jueves, víspera del viernes de la Fiesta, que debía marcar el comienzo de los festejos.

Ahora bien, el día antes, por la tarde, Baïbars había preguntado a Otmân:

- ¿Tienes alguna noticia de los grandes del reino de Egipto? Me gustaría saber si se han marchado, o si todavía siguen en Damasco.

Porque a Baïbars ya comenzaba a hacérsele muy largo su retiro y, al estar ya la Fiesta tan cercana, la soledad le estaba resultando insoportable.

- ¡Pos sí, entavía andan por ahí! –refunfuñó Otmân–. ¡Y eso que t'os los días se plantan a la puerta y yo los mando hacer puñetas!

- ¡Qué desastre! Otmân, ¡mira que eres bruto! ¡Anda y que Dios te confunda! Pero ¿cómo es que no me los has dicho antes?

- ¡¡Anda!! ¡y yo qué sabía! ¡Si me l'hubieras preguntao antes, antes te l'habría dicho!

- Y ahora, ¿cómo me voy a atrever yo a mirarle a la cara al visir Shâhîn? –se lamentó Baïbars.

Esa misma tarde, tras la obligada plegaria, hizo de nuevo sus abluciones, rogó con dos *rak'as*[1], recitó la Fâtiha, los conjuros que alejan a Satanás y la azora *Al-Ajlâs*[2], y pidió a Dios que le enviara una señal para decirle si debía aceptar o no el poder supremo: "¡Oh, Dios mío, si es para bien, concédenoslo, y si es para mal, apártanoslo!"

[1] Profunda inclinación del busto, en la plegaria musulmana. Por extensión, este término designa la secuencia de gestos rituales, que sirven, por así decir, como una suerte de unidad de medida de la plegaria.
[2] La azora 112, y la más corta de El Corán. Con frecuencia se le atribuye un poder de protección.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Luego, se fue a acostar y no tardó en dormirse. Algo antes del alba, el alma del rey El-Sâleh vino a visitarle y le dijo: "Hijo mío, Mahmud, no seas testarudo: tanto si es para bien, como si es para mal, tú subirás al trono. Ya te has hecho de rogar suficientemente; ahora, has de someterte a los grandes del reino. Mañana, el visir Shâhîn vendrá solo a visitarte y te ofrecerá la realeza: tú no la rechazarás."

En ese momento, Baïbars se despertó a la llamada de la oración del alba, que se elevaba desde todos los minaretes de la ciudad. Rogó por el Profeta, persuadido de la realidad de su sueño premonitorio. Mientras andaba sumergido en estos pensamientos, Otmân, que dormía en la misma habitación, se sentó de pronto.

- ¡Güenos días, soldaito! –le lanzó–. ¿Asín qu'el Hâch Shâhûn viene hoy? Pos si no t'importa yo abro la puerta.

- ¡Vendrá solo o acompañado?

- ¡Vendrán dos: él y su *qawûq*[1]!

- Y tú ¿cómo sabes todo eso, Otmân? –continuó Baïbars riéndose.

- ¡Mira qu'eres tontorrón! ¡Eh, tontaina, el qu'ha venío a vert'esta noche, también lo he visto yo! ¡A ver si te crees que pués discutir con el jefe Sâleh! ¡Colega, es un Hombre de Dios!

- ¡Que Dios te bendiga, sheij Otmân! –concluyó Baïbars.

Los dos amigos se levantaron, hicieron las abluciones, cumplieron con la plegaria del alba y recitaron las invocaciones para el Profeta. En ese momento, escucharon que alguien llamaba a la puerta de la Ciudadela. Otmân subió a lo alto de las murallas; al ver al visir Shâhîn, corrió a abrirle.

- ¡Salús, Hâch Shâhûn! Cucha, compadre, ¿t'acuerdas l'azúcar de Banha y el banquetazo que te dimos[2]?

- ¡Y bien, Otmân, habéis necesitado mucho tiempo, a tu señor y a ti, para tener piedad de mí y dejarme entrar!

- ¿Y qué podíamos hacer nosotros, si el gran jefazo, no ha dicho sí hasta ahora mismo?

**** **** **** **** ****

[1] Bonete de gran longitud que llevaban los dignatarios del Imperio Otomano; esta es una de tantas bromas de Otmân.

[2] Alusión a episodios precedentes (ver *Flor de Truhanes* y *Los bajos fondos de El Cairo*) Se trata de una broma que se traen siempre entre el visir Shâhîn y Otmân.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Próximo relato de "Muerte en el hamam"

VI.28 - "Baïbars, por fin, se deja 'encamar'"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6